

EL RÍO QUE CUIDABA A SONORA



En memoria de Martha Patricia Velarde Ortega,
Norberto Bustamante y todos los compañeros y compañeras
del Río Sonora cuya luz sigue iluminando el camino
de lucha por justicia.

AUTORES:

Alejandra Ruíz Hiraes, Luis Franco, Tokya Casimiro,
Samantha Camacho y René Mayoral.

ILUSTRACIONES:

Alejandra Ruíz Hiraes.

DISEÑO EDITORIAL:

Mara Hernández.

Este cuento ha sido posible gracias a la investigación promovida por el programa de Investigación Liderada por las Comunidades (ILC) impulsada por el Grupo de Monitoreo de la Red de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (RedDESC), los Comités de Cuenca Río Sonora y PODER.

Primera edición: Febrero 2025.

Impreso en Ciudad de México.

EL RÍO QUE CUIDABA A SONORA



Esta historia ocurre al noroeste de México, en una región llamada Río Sonora. Aquí, la vida está rodeada de valles, cerros, montes, ríos y arroyos.

La tierra y el agua se alimentan mutuamente, y es un hogar de numerosas plantas, animalitos e insectos como bitachis, copechis, guayacanes, cabecitas de viejo, solitarios y venados.





Los habitantes de esta cuenca formaron sus hogares a lo largo del río construyendo casas, granjas, y zonas de cultivo que estación tras estación florecían con ajo, quelites, trigo, frijol, maíz, tomate, chile verde, y cacahuate. En las hornillas se hacían panes, en las ollas caldos y en los fogones se producían montones de quesos que solían compartir con sus vecinos y comerciar con otros pueblos.

La gente paseaba por los caminos, niñas y niños jugaban mojándose en los ríos, acequias y baceranes. Todos protegían el agua y el agua protegía su vida. Cuidaban mucho a la tierra y a los animales porque sabían que cuando un ecosistema es sano, toda la vida prospera.





El Río Sonora es un corazón que late llevando agua a los pozos, cultivos, plantas y animalitos del monte.

Las lluvias, que en verano se llaman “aguas” y en invierno “equipatas”, también ayudan a que la tierra se moje y el ambiente se refresque. Del Río Sonora y de las lluvias, pueblos como Bacoachi, Arizpe, Banámichi, Huépac, San Felipe de Jesús, Aconchi, Baviácora, Ures y Hermosillo, obtienen agua para florecer.



El río nace en Cananea, en un lugar llamado el Ojo de Arvallo.

Antes, familias enteras se bañaban en ese paraíso natural donde las aguas parecían salir mágicamente del suelo.

Un día, una empresa compró la tierra y construyó pozos para su centro minero. Para funcionar, la mina necesita extraer mucha agua de sus alrededores.

Luego la combina con químicos muy peligrosos con el fin de obtener cobre y otros metales. A partir de que la mina se apropió del suelo, la gente y los animales no pudieron entrar al Ojo de Arvallo, y el agua comenzó a contaminarse.

Un día sucedió algo aún peor: la mina derramó toneladas de una solución de cobre acidulado al Río Bacanuchi, el cual se une al Río Sonora.





Las aguas sucias avanzaron y todo lo que tocaban iba enfermado. Los habitantes de los pueblos no sabían qué pasaba pues, los primeros días, la empresa intentó esconder el incidente. Pero un olor fuerte y pesado traído por las aguas sucias empezó a impregnar la tierra y a irritar los ojos y la piel de la gente.

Así fue que entre los pueblos se corrió la voz de que beber o tocar el agua del río era peligroso, y de que debían cuidar a los niños y a los animales.

Las familias estaban asustadas
pues no sabían cuánto tiempo
iba a durar este desastre,
cómo iban a regar sus cultivos, ni de dónde
tomarían agua: su vida entera está conectada
al río y sus bondades.





Por 10 años, la tierra, las personas y los animales han sufrido los efectos del derrame. Los responsables hacen como si no pasara nada y las autoridades no les piden que rindan cuentas. Dicen que eso ya está en el pasado, pero los pueblos saben que el problema está presente, y hay quien todavía lucha por ver el río correr, brillando con el reflejo del sol y dando vida a la región.

Además, en los últimos años, la mina ha crecido sin control y necesita tomar más agua para funcionar.

Los pozos que utiliza se acercan cada vez más a los pueblos del Río Sonora. El tiempo se agota para garantizar un futuro con agua para la gente.

Sin agua el calor se siente más fuerte, el río se seca casi todo el año, y los agricultores no logran que sus siembras crezcan como antes.

Los animales del monte y la sierra ya no encuentran con qué alimentarse. Desesperados y sedientos, se acercan cada vez más a los pueblos arriesgando su vida y la de las personas.

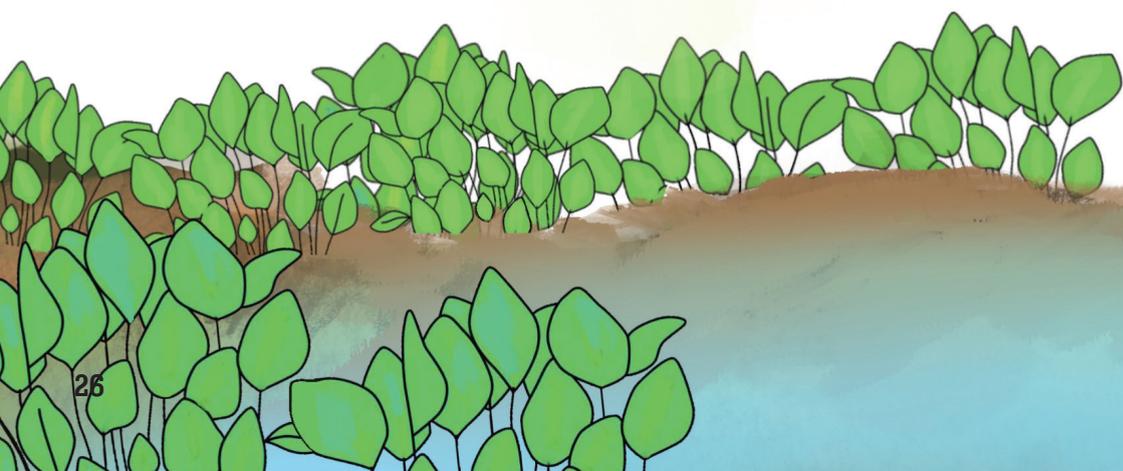
El desastre del Río Sonora y el acaparamiento del agua cambiaron la vida de muchas personas.

Los abuelos ven con tristeza cómo el estilo de vida que llevaron por tanto tiempo desaparece poco a poco. Sus casas, que antes se mantenían frescas, ahora se sienten calientes e incómodas.



Donde antes crecían las siembras de forma orgánica, ahora requieren fertilizantes y hasta la comida sabe diferente. Quedan los buenos recuerdos de los berros, los choales, las chinitas, los garambullos, y hasta el chiltepín de monte, memorias que sirven para recordar por qué es importante defender los ríos y el medio ambiente.

Queda poca agua y la gente siente que ahora le pertenece más a la empresa que a las personas.



La mina nunca ayudó a las personas,
ni limpió lo que ensuciaron, y ahora
quieren más agua. En tierras en donde
queda poca agua, hay que cuidarla
para que la vida florezca.

El paisaje del Río Sonora sigue siendo
bello, nutre los corazones y memorias
de los pueblos.



Las personas de los pueblos de Sonora esperan que cada vez a más niños y niñas como tú le interesen estas historias.

Ayudemos a compartir este mensaje, defendamos juntos la tierra que nos abraza, a la que llamamos hogar, para que en un futuro volvamos a estar en equilibrio con la naturaleza.



